

Adiós a un lúcido lírico: Adiós a Buero

**MARIO
PARAJÓN**

Ha muerto Antonio Buero Vallejo, con seguridad junto a Miguel Mihura el mejor dramaturgo español del último largo medio siglo, ganador del premio Lope de Vega por la *Historia de una Escalera* y autor de otras obras que el público y los críticos han aplaudido con entusiasmo: *En la Ardiente Oscuridad*, *El Tragaluz*, *Hoy es Fiesta*, *Palabras en La Arena*, *la Fundación*, *Las Meninas*, etc. Fue tendido en el teatro María Guerrero por donde desfiló el Madrid de la cultura, el del escenario y el popular. Era muy querido por su nobleza de carácter, su sentido de la amistad, su reconocimiento generoso del valor de los otros, su sinceridad sin fisuras y las muchas otras cualidades que lo adornaban, entre las que no puede olvidarse el interés que despertaba siempre el diálogo con quien no ocultaba su talento al expresarse.

Pasaba de los ochenta al morir, lo cual demuestra que su familia extremaba el cuidado de su salud, ya que nunca la tuvo demasiado buena. Había pasado cinco años en la cárcel

LITERATURA

Cuando tuvo lugar el estreno de la *Historia de una Escalera*, que permaneció en cartel una temporada larga, don Jacinto Benavente, que aún vivía, debió experimentar un mínimo estremecimiento de temor. Don Jacinto seguía estrenando por esos años con su ingenio wildeano y su arte para alcanzar siempre un cierto éxito. Don Jacinto le sabía al teatro todos sus trucos. Llevaba más de medio siglo estrenando una comedia cada tres o cuatro meses y a lo largo de su vida se había apuntado varios éxitos muy sonados, con *Los Intereses Creados*, *La malquerida* y *Señora Ama* especialmente. No se sitúa bien a Buero en la constelación del teatro español si no se piensa en don Jacinto, menudo, sonriente, ingenioso, elegante y escéptico, adjetivos que nunca le convendrían ni a la personalidad ni al teatro de Buero.

política y en los peores tiempos de escasez; era fumador de los que persisten aun cuando el médico les prohíbe el tabaco y la mujer intenta controlar el número de cigarrillos; y era trasnochador de nacimiento, de manera que nunca se fue a la cama antes de la madrugada aunque de nuevo el médico le insistiera en que sería menester corregir esa costumbre y meterse en la cama antes de las doce.

Don Jacinto había sido un gran observador de la vida, distanciado, moviéndose invariablemente en aguas muy tranquilas, no creyendo demasiado en lo que puede dar de sí la condición humana, pero amando a los hombres a pesar y quién sabe si por sus debilidades; un poco cínico y un poco sentimental, como haciendo válida la afirmación de que el cinismo es la sentimentalidad de vacaciones. Oír una comedia de Benavente constituye una enorme delicia: los parlamentos fluyen, las

frases sorprenden, el ingenio no cesa y el ambiente recuerda muchas veces el de la opereta. La falla de don Jacinto era esa actitud suya de espectador interesado en el drama de la vida, actitud que los jóvenes de 1950 consideraban inaceptable; y era también la falta de estatura de sus personajes. De personajillos los había calificado nada menos que D. Ramón Pérez de Ayala; y aunque exagerase, en el fondo no le faltaba razón: el teatro de Benavente suele circular en los salones o en el medio rural donde un padrastra se enamora de su hijastra.

Cuando Buero aparece en la escena española suenan otras campanas: se enfrenta con la vida social, trae a escena a la clase media pobre, el ingenio desaparece porque el drama no se oculta y parece un sacrilegio contemplar desde lejos el drama de la existencia. Yo recuerdo que cuando conocí a Buero y nos hicimos amigos, me hizo mucha impresión una anécdota de Unamuno y de Blasco Ibáñez que me contó, además de una referencia a Camus en la conversación y otra a Claudio de la Torre y a un crítico cuyo nombre callo. Creo que si narro esas tres historias se logrará una buena estampa de Antonio.

La anécdota de Unamuno.
Me la hizo con motivo de un viaje mío a París. Lo llamé para decirle que me marchaba al día siguiente. Me contestó casi indignado: “¡Eres trasero de

mal asiento!” Le repliqué yo: “¡Te molesta que tus amigos se muevan porque eres incapaz de salir de Madrid!” En efecto: a la media hora compartíamos una mesa en el Gijón y me contaba él un encuentro de don Miguel de Unamuno y don Vicente Blasco Ibáñez frente al Sena. Unamuno estaba silencioso y Blasco pugnaba por arrancarle las palabras. Por fin le dijo: “No lo comprendo a usted, don Miguel. Nada le falta. Está en el destierro, pero nada menos que en París. Aquí

tiene usted el río, más allá la catedral, muy cerca el gran museo. Podríamos pasearnos por el Luxemburgo, oír música de órgano en San Eustaquio o asistir a una representación de Racine en la Comedia Francesa. ¿Qué le falta, don Miguel?” Don Miguel levantó los ojos y pronunció una sola palabra: “Gredos”.

Había que oírle a Buero contar esta historia para saber hasta qué grado se identificaba con Unamuno en su manera de ser español y en su protesta “contra esto y aquello”. Buero no habría resistido un mes de estancia en París. En otra ocasión me dijo que no había felicidad como ahorrarse la molestia de un viaje. En una ocasión fue a Italia y volvió maravillado por lo que había visto, pero lo importante que cabe subrayar es su radical anticospolitismo: español hasta el fondo y llegando a extremos inverosímiles, se reía de su amigo López Rubio cuando éste no fumaba su pipa por carecer de tabaco rubio. Antonio consideraba que nunca la pipa supo tan espléndidamente como cuando se llenó la taza de tabaco negro español de los años cuarenta y se encendió en un tren de cercanías al amanecer.

Pero no sólo estaba cerca de Unamuno en este amar a España de manera tan radical y enloquecida. No era católico, ni protestante, ni comunista, ni capitalista, ni militante de nada. Anduvo cerca de los

LITERATURA

comunistas en alguna etapa de su vida, pero la cercanía no fue excesiva y no duró demasiado tiempo. Lo que lo caracterizaba era su protesta, su estar en contra, su espíritu tremendamente crítico. Creo que se sintió feliz cuando un amigo suyo le escribió una carta al leer *En la Ardiente Oscuridad* diciéndole que el protagonista, Ignacio, era todo un kantiano. Eso lo llenó de alegría porque Ignacio llega a una institución de ciegos en que se disimula el mal para que los aquejados por él vivan dulcemente envueltos por un consuelo que los engaña y los tranquiliza. Nada de tranquilizarse, afirma rotundamente el personaje de Buero. Hay que quitarse la venda, hay que contemplar la realidad tal y como es; si somos ciegos vamos a declararnos ciegos y veremos lo que ocurre después.

Buero quiso estar ante la realidad, no engañarse, no consolarse, no propagar nunca la fórmula de don Alejandro Casona prolongada a lo largo de su *Sirena Varada*. Quiso ser lúcido; pero a la vez quiso sembrar todo el tiempo la inquietud, la duda y la inconformidad. Pero como el destino es el destino y no vale a propósito de él pronunciar una palabra más, si sus personajes proclamaban esa rebeldía, la forma de sus obras no podía ser más acabada ni de una redondez mejor. Hay que estudiar *Madrugada* para comprender hasta qué punto

quiso y logró para su teatro una arquitectura perfecta a la gran manera de Ibsen.

Esa perfección le atrajo el aplauso de todos, lo mismo de la izquierda que de la derecha e igual por parte de los creyentes o de los indiferentes. Buero fue aplaudido, ganó dinero, su suerte teatral no tuvo el revés de frustración que resintió la de Valle-Inclán o la de Azorín. Y es excelente que así haya

ocurrido: el gran rebelde se convirtió en el gran gruñón y el discípulo del rector de Salamanca inauguró en la cultura española una extrañísima combinación de amor crítico y amor de complacencia que nunca se había dado hasta entonces. Buero ha reconciliado españoles; y su teatro, sin hacerle concesiones a nadie y sin amabilidades inoportunas, es un teatro de reconciliación. A última hora podría ocurrir que la sonrisa de Benavente fuera más helada y amarga que el ceño fruncido y la furia de Buero.

Camus, Claudio y el nombre que callo. Los críticos que estudien su teatro en el futuro deberán repasar dos textos de Camus que le hicieron mucha impresión a Buero y donde podría encontrarse lo que hubiera sido su posición ideológica: *El Mito de Sísifo* y *El Hombre Rebelde*. Buero tenía la costumbre de leer los libros casi aprendiéndoselos. Después hacía sus observaciones, los comentaba con los amigos y les daba vueltas y más vueltas hasta que decidía lo que tomaba o rechazaba de ellos. Hasta presumía de leer los volúmenes gruesos de Aguilar impresos a dos columnas, desesperantes para la vista del nervio óptico más potente.

Pues bien: me sospecho que a Camus lo leyó y relejó. Nunca entramos a fondo en la discusión del tema, se limitó a

expresarme su admiración por ambos textos, pero basta evocar a Camus para poderlo calificar de Unamuno medio francés medio argelino, pero de la tradición nihilista y atea. Don Miguel no fue ni ateo ni nihilista y Buero tampoco, pero tal vez Buero se asomó a ese vértigo reaccionando de inmediato con su robustez espiritual de celtíbero.

La anécdota referente a Claudio de la Torre y al crítico cuyo nombre callo tiene que ver con un incidente en que el inolvidable don Claudio, magnífico escritor, hombre superior si los hubo en punto a nobleza, le dio a Buero un testimonio de amistad. Buero se lo agradeció siempre y me hizo una descripción realmente detallada de la personalidad de Claudio. Y era que estudiaba a los amigos como a los libros y sabía envolverlos en un manto de entrañable afecto varonil. Y vaya lo uno por lo otro: porque si era capaz de ser amigo hasta ese extremo de lucidez y entrega, no era enemigo de intrigas ni zancadillas, pero sí de rabia proclamada, yo diría que casi infantil.

Ahora, cuando aún viven muchos que lo conocieron, es el momento de escribir su biografía detallada y de sumar su nombre otorgándole el lugar que se merece en el repertorio de nuestros grandes dramaturgos.

Que así sea.